



tido de él. Pasando despues del lado de un príncipe *temerario* al de un calculador, se hizo amigo íntimo de Luis XI. Por él anduvo en negociaciones con Inglaterra, Saboya, Florencia y Venecia, y sabia por cuánto se compraba un ministro y un magistrado de república. Muerto Luis, conspiró contra Ana; pero habiendo salido mal en su empresa fué puesto en prison, y prueba aquellas «jaulas de hierro y otras de madera, cubiertas por dentro y por fuera con terribles hierros, de unos ocho piés de ancho, y de la altura de un hombre y un pié más. Muchos las han maldecido, y yo tambien, que las hé experimentado por espacio de ocho meses.» Sin embargo, no se indigna, y encuentra muy natural que le castigáran, porque no consiguió su objeto. En realidad el buen éxito parece ser su ídolo; se complace en ver la destreza, y una mala accion no le causa despecho, siempre que sea bien dirigida. Al paso que la imaginacion predominaba en la literatura, formándose los ingenios con las novelas, Commines la destierra enteramente, sustituyendo á aquélla la política y la razon: juzga con rectitud y buen juicio; pero no es un moralista que aprueba ó reprueba las acciones con arreglo á la justicia, ni un filósofo que se proponga un sistema para probar sus asertos, si bien era hombre de negocios y calculador; no halla expresiones vivas, ni se irrita, ni maldice; no manifiesta pasion alguna, ni aun la ambicion, guardando silencio acerca de sí mismo en épocas en que tuvo gran importancia. Aunque era confidente de un déspota, comprendia la libertad y la amaba por la misma razon que Maquiavelo queria el despotismo, porque era útil; creia que en la política se consigue más siguiendo el camino recto, pero que algunas veces conviene elegir el oblicuo, y aceptaba el vicio y la virtud con una moderacion que nunca podré alabar.

Esta frialdad de carácter le proporcionó el medio de conservar el equilibrio entre tres príncipes que aproximó mutuamente, Carlos el Temerario, Luis XI y Carlos VIII; busca las causas y encuentra tal vez las verdaderas, como sucede cuando habla acerca de la decadencia de la casa de Borgoña, y en general con-

sidera la historia como un estudio (1). Por tanto, si Froissart no hace más que deleitarnos, Commines nos hace hombres, colocándonos en la sociedad, y mostrándonos las máquinas, demasiado pequeñas tal vez, que mueven este pobre mundo.

Que la lengua y el pensamiento progresaron en España, lo atestigua la crónica de Pedro Lopez de Ayala, natural de Murcia, gran chambelan y canciller de Castilla, al servicio de Pedro el Cruel, de cuyo partido se volvió al de Enrique de Trastamara, sosteniendo la conspiracion con la pluma y con las armas. Fué puesto en prison, donde compuso el *Rimado de Palacio*, que consta de mil seiscientos diez y nueve estrofas, y en que enumera todas las crueldades de D. Pedro, haciendo digresiones sobre la política, la religion y la córte de Roma. Habia aprendido de Tito Livio, cuyas obras tradujo, el arte de narrar á la manera clásica, y como obra de prisionero, su crónica está toda llena de ideas melancólicas y tristes imágenes, mostrándose acaso injusto con D. Pedro, en el cual no anatematiza á los tiranos, sino á su propio enemigo. Despues de enterarse de los hechos, los refiere con una sencillez y una moderacion tal, que llega muchas veces hasta Villani y Froissart. Para presentar un ejemplo de la impasibilidad con que expone los padecimientos que se sufrían, elegiré la primer crueldad de D. Pedro, llena de aquellos rasgos característicos, que en vano se empeña el arte en poner de relieve:

«E ese dia luego sábado en la noche, despues que el rey era ya en Búrgos, la reina doña Maria su madre envió un escudero á Garci Laso, que le dijese que ella le enviaba decir, que por ninguna manera del mundo otro dia domingo non viniese á palacio: e Garci Laso non lo quiso creer; ántes otro dia domingo de grand mañana fué á palacio, e estaban las puertas muy guardadas, e Garci Laso, e con él Rui Gonzalez de Castañeda, e Pero Ruiz Carrillo sus cuñados, casados con sus hermanas, e Gomez Car-

(1) En realidad sus historias no eran más que notas dirigidas al arzobispo de Viena, que queria formar con ellas una historia en latin.



rillo, hijo de Pero Ruiz Carrillo, e otros caballeros e escuderos. E desque fueron entrados do el rey estaba, fuése la reina para otra cámara, e fué con ella don Vasco, obispo de Palencia, su chanciller mayor. E luego que la reina fué partida de allí, prendieron á tres omes de la cibdad de Búrgos, que decian al uno Pero Ferrandez de Medina, e al otro Alfonso Ferrandez Escribano, e al otro Alfonso Garcia de Camargo, e por sobrenombre le decian el Izquierdo. E despues que éstos de la cibdad fueron presos e tirados aparte, dijo don Juan Alfonso de Alburquerque á un alcalde del rey que y estaba, que decian Domingo Juan de Salamanca: «Alcalde, ¿vos sabeis lo que tenedes de hacer?» E el alcalde entónces llegóse al rey e dijole quedo, oyéndolo don Juan Alfonso: «Señor, vos mandad esto, ca yo non lo diria.» E estonce dijo el rey muy bajo, pero que lo oian los que allí estaban: «Ballesteros, prended á Garci Laso.» E don Juan Alfonso tenía y ese dia tres escuderos sus criados de quien se fiaba, con otros omes suyos, que estaban apercebidos e armados de fojas de yuso de los paños, e tenían espadas e bronchas, e decianlos Alfonso Ferrandez de Vargas, que fué despues señor de Burguillos, e Rui Ferrandez de Escobar, e Ferrando Garcia de Medina. E cuando el rey dijo aquellas palabras que prendiesen á Garci Laso, estos tres escuderos de don Juan Alfonso traxeron luégo de Garci Laso muy denodadamente: e dijo estonce Garci Laso al rey: «Señor, sea la vuestra merced de me mandar un clérigo con quien me confiese.» E dijo luégo á Rui Ferrandez de Escobar: «Rui Ferrandez amigo, ruego vos que vayades á doña Leonor mi mujer, e traedme una carta del papa de absolucion, que ella tiene.» E Rui Ferrandez se excusó dello, diciendo, que lo non podia hacer. E estonce diéronle un clérigo que fallaron y por aventura: e apartóse Garci Laso á un pequeño portal que estaba en la posada sobre la calle, e allí comenzó á fablar con él de penitencia. E decia despues el clérigo, que cuando Garci Laso comenzó á fablar de penitencia, que él le catára, por ver si tenía algun cuchillo, e que non ge le falló. E á aquella hora que Garci Laso fué preso, Ruiz Gonzalez de Castañeda, e Pero Ruiz Carri-

llo, e Gomez Carrillo su hijo, e los que tenían la parte de Garci Laso, apartáronse á una parte del palacio e estovieron todos juntos. E don Juan Alfonso de Alburquerque dijo al rey: «Señor, mandad lo que se ha de hacer;» e estonce mandó el rey á Vasco Alfonso de Portugal, e á Alvar Gonzalez Moran, que eran dos caballeros que guardaban á don Juan Alfonso, que dijesen á los ballesteros que tenían preso á Garci Laso que le matasen. E ellos fueron al portal do Garci Laso estaba, e mandáronlo á los ballesteros; e ellos non lo osaban hacer: e eran los ballesteros uno que decian Juan Ferrandez Chamorro, e otro Rodrigo Alfonso de Salamanca, e otro que decian Juan Ruiz de Oña. E este Juan Ruiz salió al rey e dijole: «Señor, ¿qué mandades hacer de Garci Laso?» E dijo el rey: «Mandad vos que le matedes.» E estonce entró el ballestero e dióle con una porra en la cabeza, e Juan Ferrandez Chamorro dióle con una broncha e le firieron de muchas feridas fasta que murió. E mandó el rey que le echasen en la calle, e así se hizo. E ese dia domingo, por quanto el rey era entrado nuevamente en la cibdad de Búrgos, corrian toros en aquella plaza delante los palacios del obispo al Sarmental do Garci Laso yacia, e non le levantaron de allí. E el rey vió cómo el cuerpo de Garci Laso yacia en tierra y pasaban los toros por en somo dél, e mandóle poner en un escaño, e así estovo todo aquel dia allí; e despues fué puesto en un ataúd sobre el muro de la cibdad en Comparanda, e allí estovo gran tiempo. E despues en esa semana comia el rey con don Juan Alfonso en su posada: e estando comiendo pasaron por delante de la dicha posada do el rey comia á San Estéban los tres omes vecinos de Búrgos que fueron presos el dia que el rey mandó prender á Garci Laso, e levaronlos á matar. E fuyeron otros muchos de la cibdad por miedo del rey» (1).

Otros fueron pensionados para continuar las crónicas recopiladas por Alfonso X. La biografía más antigua es la del conde Pero Niño, conde de Buelna, caballero de Enrique III, escrita por Gutierre Diaz de Games: despues la de Ál-

(1) *Crónica del rey D. Pedro*, p. 40. Narr., t. IV.



varo de Luna, escrita por un desconocido y dirigida á disculpar á aquel ministro. Fernando del Pulgar escribió tambien la de los veintiseis barones y la de Fernando é Isabel en estilo correcto; mas faltó de elegancia y sin originalidad ni reflexiones. Pero las diversas vidas de reyes españoles que Buterwek ensalza por su exactitud y naturalidad, me parecen pedantescas, floridas, pero sin arte ni oportunidad, y escritas con una falsa elegancia que desfigura los tiempos. La historia de los primeros reyes por-

tugueses fué contada por los cronistas posteriores, á quienes sobrepuja Fernando Lopez, custodio de los archivos de la Torre del Sepulcro, y que escribió la de Juan I.

Y aquí nos parece oportuno observar que tanto los poemas como las historias de los extranjeros trataban muy poco de héroes, mientras que en Dante y en Juan Villani es héroe toda la nacion ó la humanidad, segun conviene á las ideas republicanas, en que el mérito es lo que constituye la importancia.

CAPÍTULO XXXV.

Literatura extranjera.

Aunque los reyes de Francia protegieron los estudios y fundaron colegios, bibliotecas y universidades, la literatura francesa no presenta sin embargo un solo nombre ilustre, y las producciones de aquel tiempo, excepto las historias, yacen en el olvido. La ociosidad en que se hallaban los señores feudales habia protegido los romances en verso para que los troveros los retuviesen mejor en la memoria cuando no sabian leer; despues se pusieron en prosa para hacerlos más fáciles á los señores. Desde 1462 á 1520 se imprimieron doscientos cuarenta y cinco; muchos de ellos eran alegóricos y participaban del mal gusto del romance de la Rosa, sin tener sus bellezas; las continuas citas que de ellos se hacen, prueban lo muy populares que fueron, y de ellos han provenido las mascaradas y las comparsas.

Tambien los *Fabliaux* se trasladaron á la prosa, de donde han nacido tantas colecciones de cuentos. El Delfin Luis hizo reunir las «*Cien novelas*,» que son muy agradables para contarse en todas las buenas reuniones y pasar el tiempo alegremente, donde figuran el mismo Delfin, el duque de Borgoña y los grandes de la corte; reuniones casi siempre licenciosas,

aunque á su narracion asistian tambien las damas.

Son un adelanto del idioma frances, al cual se empezaron á trasladar los giros de la lengua de *OC* y las formas líricas. Carlos, duque de Orleans, descendia de Valentina de Milan, y este origen explica la delicadeza de su gusto tan superior á sus contemporáneos. Incitado por su madre al morir para que vengase el asesinato de su padre, se coligó contra el duque de Borgoña con los de Borbon y de Berry; se unió despues de la muerte de aquél con el rey de Francia; combatió en Agincourt, y habiendo caido prisioneros mitigó su suerte cantando las penas de veinticinco años de prision. Sus composiciones, que son las más originales de aquel siglo (1), atestiguan el adelanto de la lengua y del gusto, por su fácil exposicion, esmeradas y bien entendidas rimas y haber evitado las supresiones y las voces truncadas. Rinde tambien tributo á las alegorias y á ideas de entónces; sus conceptos son débiles, pero gra-

(1) Poésies de Charles duc d'Orléans, publiées sur les mss. originaux et authentiques par M. Champollion Figeac. Paris, 1824.—Poésies de Charles d'Orléans par M. Guichard.—En el mismo punto, 1842.